

más que ya no existen las aventuras, un poco de discernimiento.

Desgraciadamente, el discernimiento contaba entre las muchas ventajas de las que más carecía Baltasar. Faltábale éste al igual que el espíritu de observación, así como el poder de analizar, como la facultad de ver claro en él, como el sentido de la realidad, y como otras cualidades en extremo útiles.

El ciego Baltasar no disponía otro guía para conducirse más que de un corazón ardiente de ternura, un corazón del que había ahogado los latidos, por miedo de sufrir demasiado con él, bajo el peso de la filosofía cotidiana, y que despertaba de pronto a la imprevista llamada de dos padres decapitados y de dos madres desconocidas...

CAPÍTULO V

«El dedal de plata» y «Los leones del Atlas».

ANTIGUOS fosos se abren bajo los jardines en cuesta que dominan las casas viejas y grises.

Estatuas, flores, rectángulos de verduras, he ahí lo que Baltasar y Calabacita divisaron desde lo alto de los paseos que dominan por un lado la pequeña villa de Gournay.

Volvió a leer el informe de la Agencia XYZ:

“Caballero... Adjunto le rogamos halle los resultados de las investigaciones que hemos llevado a cabo a petición de usted con el único dato del disgusto que dividió al conde Teodoro y a la familia de Coucy-Vendôme, a causa de la señorita Ernestina Henrioux. Esta señorita, natural de una aldea próxima al castillo, fué abandonada al fin por el conde

Teodoro. Después de una corta estancia en París, regresó a Gournay para establecerse como costurera. Diez años de improbables trabajos le permitieron adquirir una pequeña mercería, "El dedal de plata", y crearse una clientela seleccionada, que no desdeña la tertulia de su tiendecita. Se une a todas las obras de beneficencia y se dedica a decorar la iglesia los días de ceremonia religiosa, lo que le ha valido el rodearse de unánime consideración, y nunca la menor alusión ha venido a recordar que haya habido en su pasado la agitación y la tristeza de un drama pasional.

„En lo que respecta a la otra investigación, con cuyo encargo de realizarla nos ha honrado, o sea respecto a la domadoró Angélica, directora de *menagerie* "Los leones del Atlas"...

Baltasar plegó la hoja, y como daban las once en el reloj de la vecina torre, dijo:

—Voy ahora, antes de que se ponga a comer.

—No tarde usted, señor Baltasar—dijo Calabacita—. Hace dos semanas que espera usted este momento y le trae trastornado.

Baltasar había intentado resolver tan embarazosa situación por impulsos sentimentales y por argumentos extraídos de su cora-

zón. ¿De quién era hijo? ¿Hacia cuál de las dos madres que el Destino le ofrecía dirigiría sus pasos? Incapaz de reconocerse entre tan densas finieblas, se limitaba a colocar ante él las dos fotografías y parecía esperar, bien que ellas contestaran a sus preguntas o que un impulso de su corazón, como él decía, le revelara la imagen materna.

Pero ambas mujeres callaban, y unos movimientos de la misma fuerza y amplitud le empujaban sucesivamente hacia la madre que contemplaba. Ambas le parecían igualmente bellas y dignas de ternura.

Afortunadamente, Baltasar no tenía que elegir más que entre dos madres. También le solicitaban dos padres; pero ¿cómo hubiese podido vacilar entre el conde de Coucy-Vendôme, duque de Jaca, grande de España, y el asesino Gourneuve?

Aceptaba voluntariamente el ser hijo de las dos mujeres, pero se rebelaba ante toda relación filial entre uno de los dos hombres, y así fué cómo la señorita Ernestina Henrioux había sido preferida a la domadora Angélica.

Baltasar cogió la pesada cartera de Calabacita.

—Comenzaré por hacerle oferta de mis servicios presentándome como representan-

te de comercio, con muestrarios de cintas, alfileres, ligas, etc., pero en lugar de enseñárselos le fiendo la fotografía y me abrirá sus brazos.

Calabacita aprobó. La animación del profesor le llenaba de alegría.

—Me alegro—dijo—de que la doctrina no condene los impulsos del corazón.

Baltasar penetró en la villa con el continente de un hombre que es dueño de la situación. Un dedal sujeto por las pinzas de unas grandes tijeras negras, le indicó la puerta de una tiendecita modesta, precedida de tres escalones, que subió de un impulso, como si se lanzara al asalto.

Hizo sonar una campanita e inmediatamente se dijo, respirando satisfecho:

—No está en casa.

La supuesta ausencia de la señorita Henrioux le dió tiempo de limpiarse el sudor de su frente y recobrar el aliento. En la habitación, baja de techo y oscura, no había más que un cura que estaba comprando cordones de bota a una vieja señora, de rostro áspero. Esta miró al intruso, quien golpeó su cartera como queriendo decir:

—Le traigo mis cartones de muestrario.

—Siéntese—le fué ordenado.

Se apoyó contra el mostrador, inclinando el busto, tocando con su cabeza un lote de tirantes. Sus ideas se arremolinaban como hojas secas. El anciano cura y la vieja señora cambiaban frases desprovistas de sentido para él. La tiendecita estaba llena de humedad, de tristeza y de un olor insoportable a moho, al que se mezclaba otro de cebolla cociéndose cerca de allí.

—Mil gracias, señorita Henrioux—dijo el eclesiástico al retirarse.

—Siempre a sus órdenes, señor cura...—replicó la vieja señora.

La puerta se cerró.

La vieja señora se dirigió hacia Baltasar:

—Tengo mi proveedor, caballero—dijole con el tono áspero que se adopta para decir:

—Dios le ampare, hermano.

Baltasar se había levantado y miraba estúpidamente; había escuchado la despedida del cura y preguntó con voz sorda:

—¿La señorita Henrioux?... ¿Es usted la señorita Henrioux?

—Pues naturalmente, ¿qué tiene de extraño?... "El dedal de plata"... yo soy.

—¿Es usted?... ¿El dedal de plata?... ¿Es usted?... ¿es usted la señorita Ernestina Henrioux?

La contemplaba con ojos espantados, y poco a poco, en su inmenso deseo de reconocerla, iba descubriendo en aquel rostro desabrido algo que debió ser la feliz expresión de la fotografía. Bajo las precoces arrugas y el amarillento pergamino de la piel renacia el rostro joven, las estiradas crenchas de los cabellos se rizaban en bucles frívolos: era efectivamente la joven que su padre había amado en otros tiempos y cuya imagen seductora había conservado.

—Mi madre... mi madre...—se dijo desde el fondo de su ser.

La voz de la sangre hablaba; un impulso le lanzó hacia ella. Por desgracia, la emoción daba a Baltasar una máscara realmente feroz: los ojos bizcos, los dientes rechinando en la boca entreabierta y torcida, la mandíbula temblorosa; además, tuvo la mala ocurrencia de arrancarse de un tiron el cuello de la camisa y dejar descubierto el pecho, mientras balbuceaba: "M. T. P... M. T. P..."

La señorita Henrioux, muerta de miedo, retrocedió ante aquella visión de locura. Baltasar, mientras tanto, avanzaba hacia ella con el pecho desnudo y el pulgar de la mano izquierda en alto.

—¡M. T. P.!...—decía—, la huella... el tampón..

La señorita Henrioux gemía:

—¡Váyase... váyase!...

Pero nada podía calmar a Baltasar; en vano trataba de formar frases; sólo algunas palabras salieron roncas y entrecortadas:

—Nacimiento... testamento... investigación...

Acorralada contra la puerta por donde se deslizaba el perfume de cebolla frita, pero incapaz para levantar el pestillo y huir, la señorita Henrioux gritó desesperadamente:

—¿Quién es usted?

—Godofredo—dijo.

Después de tal revelación no dudó un instante de que en una explosión de ternura maternal le abriera los brazos.

—Godofredo—repitió—, Godofredito...

Permanecían uno frente a otro: ella, llena de pavor, queriendo comprender lo que significaba aquello. Baltasar, ardiendo por estrechar entre sus brazos a la que llamaba su madre.

—¿Godofredo?... ¿Quién es Godofredo?

Bruscamente, como si fuera a darla un golpe, le puso ante los ojos su fotografía de joven.

—Mire usted... Mire—ordenó—. ¿Comprende usted ahora?

—¡Ah!—exclamó sorprendida—. ¿Es posi-

ble?... ¡Mi retrato! ¿De dónde ha sacado usted eso?... ¡Mi retrato!

A lo que el joven respondió con vehemencia:

—Es mi padre quien me lo ha transmitido... el conde de Coucy-Vendôme... Tengo la misión de buscar a usted... de pedirle perdón. Soy Godofredito... ¿no se acuerda usted?... el pequeño que la quitaron.

Como seguía con su aspecto implacable y amenazador, parecía que más bien quería decir:

—¡Sea usted mi madre, o la mato!

Ninguna de las dos soluciones parecía seducir a la vieja. ¿Qué pasaba dentro de ella? ¿Es que el nombre de Godofredo, que tal vez desconocía, la desorientaba? ¿Se creía realmente ante su hijo? Permanecía turbada y con el ceño fruncido, lo cual no impedía que Baltasar la hallase encantadora, joven, llena de gentileza y seducción, y pensara en el placer de marchar entre ella y Calabacita por las calles de Montmartre.

El ruido de un coche sobre el empedrado de la calle rompió el silencio. Se detuvo, sonó una campanilla y una cliente de cabellos blancos, cubierta de encajes negros, entró con paso menudo y vivaracho.

—¡Mi querida señorita Henrioux, vengo corriendo... sólo unas compras!... Pero ante todo dígame cómo se encuentra, querida mía.

—¡Ah, señora marquesa, es mucha amabilidad por su parte!...

—¡De ninguna manera! Y además tenemos que hablar del Asilo de Niños, de nuestra tómbola, de nuestros comités...

Una cliente... una marquesa... Baltasar había dejado paso a la señorita Henrioux.

—Perdone, señora marquesa; es cuestión de un minuto.

Baltasar se sintió perdido; iban a despedirle. El derrumbamiento de sus sueños le devolvió su verdadera expresión y una gran tristeza le invadió al oír la voz, menos dura, de la señorita Henrioux:

—Tengo mis proveedores. Así que usted comprenderá que...

Sí, tenía sus proveedores, sus clientes, sus obras de caridad, sus amigos de iglesia y de castillo, su reputación, todo su honorable pasado. ¿Qué lugar había para él entre todo aquello?

¿Iba ella a renunciar a tantas pequeñas costumbres agradables que componían su vida presente, a lanzarse en el drama y la incertidumbre, remover las cenizas del pasado y